

Manual de teoría literaria

Óscar Castro García
Consuelo Posada Giraldo

Con este *Manual de teoría literaria* se busca suplir algunas carencias en el estudio de la obra literaria propias del medio universitario, e iniciar a los estudiosos del tema en forma didáctica e ilustrativa. Para acercar al lector a los principales movimientos literarios del presente siglo, de cada escuela se han escogido los métodos más aplicables y pertinentes para la lectura, el análisis y la búsqueda de sentido de la obra literaria.

Se presentan, además, modelos prácticos de trabajo, resúmenes de artículos adicionales, actividades complementarias y bibliografía básica de consulta. Más que adentrar al lector en discusiones de carácter teórico, se desea aprovechar algunas teorías tanto para facilitar el análisis específico de los textos, como para enriquecer la lectura cotidiana de obras literarias.



Editorial Universidad de Antioquia

Ciudad Universitaria, bloque 22, oficina 203 • Teléfono: (574)210 50 10 • Telefax: (574)263 82 82 • Apartado 1226 • Medellín • Colombia

DEBATES

LA NECESIDAD DE PENSAR —LA FILOSOFÍA COMO ACTIVIDAD—

Por: Hubed Bedoya Giraldo
Universidad de Antioquia

El lugar de la Filosofía en nuestro medio

Muchas y disímiles explicaciones se han propuesto para dar cuenta de lo que parece ser un fenómeno evidente en nuestro ámbito cultural latinoamericano: la ausencia de la Filosofía.

Algunas concepciones simplemente aseguran la inexistencia y, aun, la imposibilidad de una forma de “pensamiento filosófico” en esta parte del mundo cultural, mientras que otras afirman la imposibilidad de hablar de compartimientos geográficos en un “hacer” que se pretende, por definición, de carácter universal.

No enerva ello, sin embargo, la constatación de que en la Filosofía, como en muchos otros órdenes del saber, nuestra capacidad de aporte en el concierto general presenta gravísimas deficiencias y aparece siempre relegada a lugares secundarios tanto por su contenido como por su oportunidad.

Lo que sería, pues, nuestro “pensamiento filosófico” carece, entonces, no sólo de peso dentro del ámbito universal del saber, sino, lo que es más grave, dentro de nuestro propio ambiente cultural, en donde subsiste como un “quehacer” sin trascendencia ni utilidad al que, incluso, se tolera por el poco “peligro” que su presencia representa para los intereses sociales, culturales y políticos vigentes.

Así, nuestro ambiente académico ha condicionado el desarrollo de la Filosofía desde dos perspectivas confluyentes que determinan su anulación completa: en la primera, partiendo del carácter inoficioso que se le endilga a la Filosofía, se niega cualquier importancia o relevancia a sus aportes para la definición de los asuntos de mayor complejidad y trascendencia en los diferentes órdenes de la vida social y se hace de la tarea académica que se ocupa de la Filosofía una labor marginal y oscura que concita más la curiosidad y la burla que la atención; en la segunda, y luego de aceptar que quienes se dedican a ella ocupen un espacio y formen parte del mundo académico actual, los propios cultores de la Filosofía se encargan de desecarla hasta convertirla en una mera figura aséptica y yerta, imposibilitada para gestar cualquier modificación o realizar cualquier aporte dentro del mundo de la cultura.

En el ámbito académico en el que nos movemos, ha hecho carrera, pues, una curiosa concepción acerca de lo que es la Filosofía que impone sobre ella una mirada

unilateral y un enfoque que la reduce, exclusivamente, a un campo de gestión que debe llevarse a cabo encerrada en los rígidos cánones de la disciplina, omitiendo de manera radical su papel e importancia como actividad.

Sin embargo, el problema no es sólo de la Filosofía, —lo que permitiría alguna luz de esperanza en el resto del devenir social— pues tal concepción se ha puesto a la base de la mayoría de las relaciones que la academia mantiene con el hombre y con la sociedad, creándose un anormal producto que ha terminado por deformar el papel de la academia dentro de la sociedad y dentro de la comunidad y por alejar definitivamente al hombre y a la sociedad de cualquier influencia que sobre ellos pueda ejercer una actividad verdadera de pensamiento.

Para comprender el extravío al que se ha conducido a la Filosofía, y que es lo que estamos poniendo de presente desde un comienzo aquí, la primera diferencia que necesitamos hacer es, obviamente, entre los conceptos de disciplina y actividad.

Disciplina y actividad

El concepto de disciplina, íntimamente ligado con el de academia, está determinado por el trabajo mediante el cual intentamos conocer y apropiarnos los elementos y las reglas que constituyen un campo específico del saber, técnico o científico, con el fin de hacer su aplicación práctica y, regularmente, intentando obtener de ello un rendimiento en términos de utilidad y atención de necesidades concretas para lograr un mejor estar, bien sea personal o colectivo.¹

1 La modalidad del trabajo interdisciplinario es, precisamente, lo que ha permitido a Heidegger afirmar que “la ciencia no piensa”. HEIDEGGER, Martin. *¿Qué significa pensar?* Trad. de Haraldo Kahnemann. Buenos Aires: Editorial Nova, 1978, p. 13. El texto, que, así citado, resulta engañoso, deja de serlo en buena medida cuando se le asume, aunque sea apenas, desde el microcontexto que le corresponde. “La razón de este hecho, está en que la ciencia, por su parte, no piensa, ni puede pensar y esto para su bien, que significa aquí para la seguridad de la propia marcha prefijada. La ciencia no piensa. Este aserto es escandaloso. Dejémosle su carácter escandaloso aun cuando agregamos en seguida, como posdata, que la ciencia, no obstante, tiene que ver constantemente y en su manera especial, con el pensar. Esta manera, con todo, sólo será auténtica y fecunda en lo sucesivo, si se ha hecho visible el abismo que media entre el pensar y las ciencias, y esto en calidad de insalvable. No hay aquí puente alguno, sino solamente un salto. De ahí que todos los puentes de emergencia y los puentes de los asnos que tratan de establecer un cómodo tráfico mercantil entre el pensar y la ciencia sean un mal. Por esto, los que provenimos de las ciencias, tenemos que aguantar ahora cuanto hay de escandaloso y extraño en el pensar —siempre y cuando estemos dispuestos a aprender a pensar—. Aprender significa: ajustar nuestro obrar y no-obrar a lo que se nos atribuye en cada caso como esencial. Para poder realizar tal correspondencia es menester que nos pongamos en camino. Sobre todo, aprendiendo a pensar, no debemos, durante el recorrido por el camino elegido, pasar por encima de las cosas engañándonos con precipitación acerca de los problemas apremiantes, sino que debemos encarar las cuestiones que van orientadas en busca de aquello que no se deja hallar por ninguna invención.”

Así, aprende una disciplina el estudiante de ingeniería, medicina o derecho que asiste a los claustros universitarios con la intención de obtener una habilitación profesional para desarrollar la actividad correspondiente; y practica la disciplina, precisamente, quien, luego de la habilitación formal desempeña el papel correspondiente a la profesión: el médico en su consulta y tratamiento de pacientes, el abogado en la atención, asesoría y gestión de los asuntos que interesan a sus clientes, y el ingeniero en la aplicación de sus conocimientos en su campo específico contribuyendo a la solución de los diversos problemas prácticos dentro del área.

En este sentido, una disciplina no es más que una técnica —manual o intelectual— dentro de la cual se pretenden obtener soluciones para problemas prácticos determinados por la propia disciplina, y la mayoría de los cuales no sólo tiene ya una respuesta implícita o explícita, sino que, desde el punto de vista de su construcción teórica, bastará con conocer de manera adecuada y aplicar apropiadamente las reglas correspondientes a dicha técnica —es decir, seguir los cánones institucionalizados por la práctica y la teoría pertenecientes a ella y que, ordinariamente, la misma ha previsto para el caso— para obtener la solución más adecuada a las necesidades que la originan.

Ahora, la actividad, que debemos separar de los conceptos de actuar —en tanto éste es la ejecución de lo inmediato, propiamente el “hacer”— y de cumplir una tarea que, frecuentemente, no es más que el desarrollo de las etapas que proyecta una disciplina para alcanzar sus objetivos, se halla vinculada, más bien, con el concepto de acción, en tanto en él se encuentran los componentes de voluntad y conocimiento capaces de determinar al individuo a la realización de sus actos como parte de una concepción general dadora de sentido, dentro de una forma específica de mirar la realidad y asumiendo una posición dentro del mundo.

Así, la diferencia evidente entre disciplina y actividad radica en que, mientras aquélla se aprende y se ejecuta a partir de unas reglas y problemas específicos planteados dentro de un ámbito que se entiende delimitado (auto-delimitado), la actividad se concibe como la constante creación del individuo que le permite construir su propio mundo según conceptos y actos mediante los cuales permanentemente da cuenta de ese mundo y lo organiza, y en donde, además, reconocemos una forma capaz de explicar y comunicar esa concepción del mundo a los demás.

Sin embargo, en este punto disciplina y actividad no son, todavía, más que conceptos formales, que requieren de la materialidad que hallamos en las distintas facetas de la realidad para convertirse en elementos de ésta y, en particular, de lo que el hombre mismo es.

En estos términos, la CIENCIA, el ARTE, la FILOSOFÍA, la POLÍTICA y, en general, cualquier intervención real o posible del hombre social puede presentarse tanto bajo la forma de disciplina como bajo la de actividad, siendo ambas, sin embargo y como desde ya puede verse, diferentes enfrentamientos del hombre con su mundo.

Academia y disciplina

Un cambio paulatino y casi imperceptible, pero definitivo, en las costumbres y concepciones de las sociedades modernas —acicateado, por cierto, por los desarrollos tecnológicos fundamentalmente—, ha provocado la decadencia de las diferentes formas como, antigua y tradicionalmente, las comunidades garantizaron su supervivencia y su identidad a través del proceso educativo.

De la cohesión de los grupos alrededor de unos elementos distintivos, que resumidamente y sin entrar en su problemática específica podemos llamar cultura, se pasó a la reunión de los individuos alrededor de intereses dispuestos artificialmente por el desarrollo tecnológico y económico y a través de los cuales existía la posibilidad de una comunicación muchísimo más amplia entre individuos de las más disímiles y apartadas sociedades.

Se impone el sistema de relaciones a partir de los factores económicos, y toda la educación de los individuos se organiza alrededor de la preparación para actuar en función de ellos, al igual que es con ellos con los cuales se definen los términos del éxito o fracaso tanto del individuo como de los grupos, comunidades y, aun, sociedades enteras.

Esta nueva visión de la mecánica social convierte en, prácticamente, inútil e, incluso, despreciable lo que podríamos llamar, sencillamente, el proceso de formación de los individuos a partir de las relaciones grupales o comunitarias y, particularmente, de las relaciones inmediatas de carácter familiar.

Todo el proceso de preparación de los individuos para participar en la sociedad —es decir, todo aquello que modernamente se recoge bajo los conceptos de “formación”, “educación”, “entrenamiento”, etc.— pasa a manos de las organizaciones e instituciones que las propias sociedades habían creado precisamente para difundir y fomentar las distintas disciplinas que, poco a poco, han venido tomando el lugar preponderante en la determinación de la estructura y las relaciones sociales, proviniendo, claro está, del campo del saber: la ciencia y la técnica, expresión última del concepto de disciplina.

La entronización de lo económico, y el afán por alcanzar la realización de los intereses con ese contenido, impulsó la especialización del saber y creó técnicas particulares vinculadas a cada especialidad, con cuya práctica se esperaba garantizar la mayor eficacia posible en cada espacio en el que entrarán en juego los intereses por defender. De cada ámbito del saber y, frecuentemente, de las técnicas derivadas de ellos, surge una disciplina, en la cual se recogen los conocimientos que paulatinamente y con el paso del tiempo se han ido consiguiendo en cada saber o técnica y cuyo manejo garantiza —hipotéticamente, cuando menos—, al individuo, un desenvolvimiento exitoso en el campo del que ella se ocupa.

Las organizaciones o instituciones creadas por la sociedad asumen básicamente el papel de difusoras de tales disciplinas, concentrándose, por supuesto, en reproducir sus esquemas y perfeccionar su funcionamiento a través de la constante renovación de sus aplicaciones y pruebas de efectividad.²

Al individuo se le enseña, pues, el “secreto” de la disciplina habilitándolo para una práctica eficaz en función del papel que ella desempeña en el desarrollo de las relaciones sociales. Así, el buen científico será, simplemente, aquel que, por lo menos, es capaz de aplicar y reproducir con éxito los distintos momentos de la disciplina o que, de ser posible, contribuye con la proposición de nuevas alternativas “científicas” a la ampliación y rendimiento de ella —según el paradigma vigente—.

Las organizaciones o instituciones educativas terminan siendo, entonces, las reproductoras de las parcelas de saber en que se ha ido dividiendo el interés cognoscitivo del hombre y todo con el único fin de garantizar el éxito del componente económico que determina el orden social actual en cualquiera de sus formas.

El objetivo general que adopta, en ese orden de ideas, cualquier disciplina, consiste en preparar al individuo para realizar con efectividad y eficacia los resultados que la disciplina ha diseñado como alcanzables, a través de la aplicación de las técnicas que ella misma ha elaborado.

Surge, entonces, el “especialista”, cuyas ejecutorias constituyen una isla de comportamiento y en el centro de las cuales se encuentra precisamente su gestión carente de perspectiva en el contexto general de las demás ejecutorias.

El saber del “especialista” se constriñe al manejo de información actualizada tendiente a la posesión de una especie de erudición en un campo particular, que le impide, sin embargo, salir de los rígidos moldes o límites que la disciplina ha previsto o elaborado y de donde resulta que el papel social del individuo se desplaza al que pueda corresponder a dicha disciplina y, por tanto, será un papel afectado de abstracción, equívoco y descontextualizado la mayoría de las veces.

2 Es ello, precisamente, lo que ha dado pie a la concepción epistemológica con la que Thomas S. Kuhn explica el devenir histórico de la ciencia, sobre la base de los conceptos de *paradigma* y *ciencia normal*. En efecto, una vez que un “paradigma” ha adquirido vigencia por la solución que logra dar a una serie de problemas relacionados en un campo específico del saber, poco resta para que, en la búsqueda de la efectividad de sus realizaciones y de “progreso” la academia y, a través de ella, el Estado, institucionalicen su manejo y exijan capacitación en el mismo para la habilitación legal que demanda casi toda participación en la vida económica, social y cultural. Cfr. Kuhn, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. Trad. Agustín Contin. México: F. C. E., 1980, pp. 33ss.

La Filosofía como disciplina

La particularidad y el mayor problema práctico de la filosofía deriva del hecho de que la forma de su enseñanza es exactamente la misma de su naturaleza, lo que quiere decir que, los conceptos, pensamientos e ideas que la constituyen son, formalmente, los mismos datos que se transmitirán a los oyentes dentro de una operación académica.

Dicha característica genera la equívoca creencia de que cuando se reproducen los contenidos de la información recibida se está, por cierto, haciendo filosofía.³

Como disciplina, la Filosofía no supera el estadio de la información, la actualización, la reproducción de los planteamientos y soluciones alcanzados por quienes trabajan en ella y, en fin, el de la ejecución de una verdadera técnica, en la que avanzan las formas a costa del estancamiento de los contenidos.⁴

3 Sin embargo, y como ya acotáramos en la cita de Heidegger que hicieramos atrás, todavía la práctica de una *disciplina* no nos pone en el camino del pensar, por tanto, no nos acerca a una verdadera *actividad* filosófica. Al respecto dice Heidegger: "El que se dé muestras de interés por la filosofía no atestigua todavía ninguna disposición para pensar. Es verdad que existe por todas partes una seria preocupación por la filosofía y sus problemas. Existe también un loable despliegue de erudición en orden a la investigación de su historia. Nos aguardan en este campo tareas provechosas y loables para cuyo cumplimiento los mejores apenas resultan bastante buenos, sobre todo donde se trata de presentarnos los modelos de los grandes pensadores. Pero tampoco el hecho de que nos hayamos abocado intensamente y por espacio de largos años a las disertaciones y los escritos de los grandes pensadores nos da una garantía de que nosotros mismos estemos pensando o siquiera dispuestos a aprender a pensar. Por el contrario: el ocuparnos de la filosofía es lo que más persistentemente puede sumirnos en el engaño de que estemos pensando, ya que estamos "filosofando" sin cesar". HEIDEGGER, Martín. *Op. cit.* p. 11.

4 Resuenan aquí las palabras de Hegel, preocupado por el estancamiento de la Filosofía en su tiempo: "Se puede oír de aquellos que parecen ocuparse con lo más profundo, que la forma es algo exterior e indiferente a la cosa misma y es ésta lo único que importa. Se puede decir además que la tarea del escritor, especialmente del filósofo, es la de descubrir verdades, decir verdades y difundir verdades y conceptos ciertos. Pero si se considera cómo se suele llevar a cabo efectivamente esta misión, se verá, por una parte, que se trata siempre de la misma cuestión, dada vuelta y llevada de aquí para allá. Esta ocupación puede llegar a tener su mérito para despertar y educar el ánimo, aunque se la puede considerar más bien como trabajosa superflua. "Tienen a Moisés y a los profetas: óiganlos". (Lucas, 16, 29) Se presentan sobre todo múltiples ocasiones para asombrarse del tono y la pretensión que allí aparecen, como si lo único que faltara al mundo fueran estos fervorosos divulgadores de verdades, y como si aderezando viejos disparates se obtuvieran nuevas verdades nunca oídas, a las que habría que prestar atención justamente "en nuestro tiempo". Por otra parte, se verá que lo que tales verdades por un lado conceden, ellas mismas, tomadas desde otro lado, lo desalojan y expulsan. Lo que en esta acumulación de verdades no es ni viejo ni nuevo sino permanente, ¿cómo podría ser rescatado por medio de estas consideraciones fluctuantes y carentes de forma?; ¿de qué otra manera podría distinguirse y probarse si no por intermedio de la ciencia?". HEGEL, G. W. F. *Principios de la Filosofía del Derecho o Derecho Natural y Ciencia Política*. Trad. Juan Luis Vermal. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1975, p. 13.

La Filosofía en la academia

La Filosofía es, entonces, una disciplina fundamentalmente académica y la más académica de las disciplinas, pues como tal sólo adquiere sentido en la práctica escolar y se presenta regularmente bajo la forma de la repetición de los debates que se han librado por los “pensadores” en la tarea de “interpretar el mundo”.

Distorsionados de esa manera los contenidos y los fines de la Filosofía, las organizaciones o instituciones en las que se ha centralizado la función de difundirla como disciplina, han reducido su papel a describir el devenir histórico de la misma, lo que produce el espejismo de que el pensamiento es igual al dato lingüístico en el que se lo plasma.

La academia se ocupa preferencialmente, cuando no exclusivamente, de describir la historia del pensamiento filosófico, la historia de los propios pensadores o, como mucho, de reconstruir los esquemas racionales a través de los cuales se constituye el pensamiento filosófico. A partir de allí, el estudiante se ve llevado —de manera forzada, podría decirse— a repetir o reiterar los conceptos e ideas que han resultado del trabajo que se describe, con el fin de obtener su habilitación como “filósofo”.

Sin embargo, ello no es más que un lamentable engaño, pues existe una radical diferencia entre la FILOSOFÍA y aquello que se imparte en la academia como tal, y que tan sólo alcanza el rango de una “Historia de la Filosofía”.

Por supuesto que nuestra anotación no quiere descalificar o desvalorizar una disciplina, tan digna como cualquier otra de ser practicada, como es la Historia de la Filosofía; es indudable, por lo demás, que el conocimiento de los avatares de la Filosofía descritos por ella contribuyen en buena medida a la perfección del método filosófico propiamente dicho, pues el seguimiento del razonamiento que lleva desde el problema hasta una hipotética solución aporta herramientas útiles para eludir errores y dificultades en otras investigaciones.

Pero, es necesario llamar la atención e insistir acerca del equívoco a que da pie la confusión de la enseñanza de la Historia de la Filosofía, con la enseñanza de la Filosofía.

La Historia de la Filosofía —cuya enseñanza es válida como la de cualquier otra historia y, en general, de cualquier otra disciplina— brinda al estudiante, ante todo, información acerca de dos clases de asuntos tratados dentro de la Filosofía:

- a) por una parte, la existencia de ciertos problemas denominados, por supuesto, “filosóficos” y cuya mínima diferencia radica en el hecho de no haber sido aún enfrentados con técnicas pertenecientes al campo de las disciplinas “científicas”, y
- b) por la otra, el planteamiento —según épocas y autores— de soluciones o formas de enfrentar aquellos problemas, cada vez asumidas desde una perspectiva diferente.

En la rigidez de la estructura y mecánica académicas, ordinariamente el estudiante se ve circunscrito a describir ambos momentos de la Historia de la Filosofía como forma de demostrar su habilitación para acceder al título o condición académica respectiva. Se trata, pues, de repetir o, cuando mucho, “mostrar” la forma como Kant planteó el problema del conocimiento, o el problema de la ética y describir, bien sus respectivas respuestas, alcanzadas por el mismo autor, o las que aportaron sus seguidores o contradictores acerca de las mismas problemáticas. Se repite la descripción histórica y se cree que, así, se está haciendo filosofía.

Sin embargo, el engaño puede considerarse todavía más profundo de lo que permiten ver las anteriores notas. Porque, en efecto, algunas veces consciente de la situación descrita, la academia ha promovido el intento de nuevas formas de solucionar los problemas filosóficos tradicionales, creyendo, con ello, avanzar en el campo de la filosofía en su forma esencial de actividad. Se cree, pues, que “apropiándose” de los problemas, “haciéndolos propios”, se está en la posibilidad real de hacer filosofía y, en ello, resulta, por tanto, indispensable la historia de la filosofía en tanto que disciplina.

Tal forma de entender las cosas no corresponde más que a un inconsciente —la mayoría de las veces— autoengaño, que parte de la estimación de la Filosofía como una mera disciplina y no como una verdadera actividad.

La Filosofía como actividad

Ya que no se trata de una disciplina, la Filosofía no puede, en rigor, enseñarse.⁵ Y no puede enseñarse, no meramente porque no constituya una disciplina, sino, ante todo, porque la problemática filosófica no puede presentarse de manera artificial ante el individuo para que intente dar satisfacción a los cuestionamientos que ella provoca, pues-

5 La Filosofía como *disciplina* ha distorsionado de tal manera el papel que le corresponde como *actividad*, que aparecen ineludibles las siguientes palabras de Heidegger para entender lo que ocurre hoy en las escuelas de la filosofía: “En efecto: enseñar es aún más *difícil* que aprender. Se sabe esto muy bien, mas pocas veces se lo tiene en cuenta. ¿Por qué es más difícil enseñar que aprender? No porque el maestro debe poseer un mayor caudal de conocimientos y tenerlos siempre a disposición. El enseñar es más difícil que aprender porque enseñar significa: dejar aprender. Más aún: el verdadero maestro no deja aprender nada más que “el aprender”. Por eso también su obrar produce a menudo la impresión de que propiamente no se aprende nada de él, si por “aprender” se entiende nada más que la obtención de conocimientos útiles. El maestro posee respecto de los aprendices como único privilegio el que tiene que aprender todavía mucho más que ellos, a saber: el dejar-aprender. El maestro debe ser capaz de ser más dócil que los aprendices. El maestro está mucho menos seguro de lo que lleva entre manos que los aprendices. De aquí que, donde la relación entre maestro y aprendices sea la verdadera, nunca entra en juego la autoridad de sabihondo ni la influencia autoritaria de quien cumple una misión. De ahí que siga siendo algo sublime el llegar a ser maestro, cosa enteramente distinta de ser un docente afamado.

Es de creer que se debe a este objetivo sublime y su altura el que hoy en día, cuando todas las cosas se valorizan solamente hacia abajo, por ejemplo, desde el punto de vista comercial, ya nadie quiera ser maestro”. HEIDEGGER, Martín. *Op., cit.* p. 20-21.

to que, al no tratarse de verdaderos problemas prácticos, la resolución de los mismos sólo tiene interés en la medida en que aquellos se presenten como cuestiones de primer orden o inquietudes ineludibles que el individuo sienta como su deber resolver.

La Filosofía, entonces y a pesar de presentarse con el ropaje del discurso que cotidianamente utilizamos para relacionarnos con el mundo y con los demás, está anclada en la raíz vital del individuo, pertenece a su forma esencial de enfrentarse con el mundo, de asumirlo, de vivirlo, conocerlo y actuar dentro de él. Sólo a partir de la Filosofía —aunque sea, como vulgarmente se dice, de “una” o “su” filosofía” puede el hombre hacerse a una imagen del mundo, a una imagen de él dentro del mundo y puede, con la claridad, certeza y prudencia necesarias, desarrollar un papel productivo entre los demás.

La Filosofía brinda al hombre la concepción global dadora de sentido que permite enmarcar cada acción, cada comportamiento, cada pensamiento y, en general, toda la actividad del individuo en una forma amplia y comprehensiva de lo que es vivir introducidos en un mundo con las necesidades y complejidad del que la historia humana ha construido.

Sin esta forma, la “filosofía” —precisamente tal y como se practica en la academia— no pasa de ser un mero juego o divertimento discursivo que se funda en una vacua erudición y sólo sirve para distraer la realidad persiguiendo una sombra.

Así, quien “hace filosofía” en el estilo académico de hoy, ara en el desierto, puesto que pretendiendo ejercer una actividad que lo es de manera esencial, termina rindiendo culto a la formalidad de unas instituciones que extraviaron su rumbo, que convirtieron el medio en la finalidad misma y que no aportan más que entelequias destinadas a engañar a los hombres rindiendo honores a una simple oratoria.

Ética

La educación, en cualquiera de sus formas, —lo que incluye, por supuesto, a la Filosofía como objetivo de la academia— forma parte de la ética.

Precisamente fundadas en la concepción de su propia forma de vida como digna de ser mantenida, las sociedades impulsaron la creación de sistemas de difusión de su cultura y civilización, buscando garantizar a sus herederos el conocimiento y adopción de sus formas particulares de vida.

No obstante, las organizaciones e instituciones que asumieron la mencionada tarea de difusión, rápidamente cambiaron su objetivo estrictamente ético por aquél propiamente práctico que ya hemos descrito y en cuyo fondo está, única y lamentablemente, el afán de realizar intereses de carácter económico.

Los centros académicos dirigieron sus esfuerzos a difundir las disciplinas con el único objetivo de garantizar el desarrollo de la sociedad desde el punto de vista tecnológico y económico y, simultáneamente, garantizar el desenvolvimiento del individuo en esa sociedad y de una manera muy especial jugando un papel representativo para dicho desarrollo.

Más pronto que tarde, pues, la academia olvidó su papel fundamental, y el desarrollo de los demás componentes éticos de la sociabilidad quedó librado a organismos fundados por quienes defendían la vigencia de una actividad cualquiera —como artistas, políticos, sindicalistas, científicos, filósofos, etc.— y, no en pocas ocasiones, al trabajo estrictamente individual de quienes hallaban insatisfactorias las prácticas de las disciplinas en el camino de una vida plena.

La familia, las organizaciones gremiales o profesionales y, de una manera significativa en los tiempos modernos, los propios individuos, quedaron con la responsabilidad de mantener y difundir los componentes éticos que despreció la academia en aras de la entronización de las disciplinas como garantes de la vida en sociedad.

Las organizaciones gremiales poco a poco fueron perdiendo, también, su papel como difusoras de la práctica que las distinguía como actividad, al igual que la familia —las más de las veces por las imposiciones de orden económico que se le hicieron— fue desarticulándose como núcleo de vigencia de la ética de la sociedad. En otras palabras, el individuo quedó solo frente a la obligación de mantener la ética y practicarla, siempre en una lucha desigual en la que las instituciones sociales, cada vez más divorciadas de su papel ético, le impiden realizar cualquier actividad que no sea compatible con lo que son las determinaciones económicas y técnicas del devenir social.

Así, el individuo que no recibe “formación” desde su núcleo familiar deberá esperararla de la academia; sin embargo, puesto que la academia ha abandonado como objetivo o papel que le corresponde la difusión de las actividades en pro de la vigencia de las disciplinas, ordinariamente tal individuo se ve defraudado o, para mayor fatalidad, instruido en una serie de componentes “para-éticos” que, salvo tratar de garantizar su supervivencia, no le habilitan en manera alguna para desarrollar una vida social plenamente ética.

Prueba de todo ello y factor de agravamiento de la crisis que la educación le está inyectando a la sociedad, es la proliferación que, en nuestro medio, se observa día a día de instituciones de “educación no formal” o “centros de capacitación” en los que, ya no sólo no se ocupa la academia de brindar siquiera un grado mínimo de “formación”, sino que se engaña —literalmente— a quienes acuden a ellos en plan de educación, brindándoles, la mayor parte de las veces, una información que no alcanza, siquiera, el grado de instrucción y que, sin embargo, se promociona como el medio ideal para el éxito profesional y social.

Las expectativas del individuo, así defraudadas, se unen a su carencia de “formación” para dar origen a las más graves actitudes conflictivas y de rechazo al orden que se puedan esperar.

El individuo que no ha recibido “formación” ética depositará los factores determinantes de su acción no en una voluntad asistida por la razón, sino en un sistema de reacción alimentado por el instinto. Este es el sujeto que de la manera más fácil y rápida reclutan los sistemas de rechazo social y es el eslabón irrompible de la cadena mediante la cual se destruye la sociedad.

La Filosofía: una actividad de pensar

En su afán de responder a los imperativos sociales y garantizarse, en alguna medida, su supervivencia dentro del orden vigente, la academia frecuentemente plantea como capitales los interrogantes acerca del papel que le corresponde en sus diversas modalidades para fomentar el “desarrollo social” y acerca de la necesidad de su práctica para alcanzar las metas de “progreso” previstas para el orden.

El alcance y carácter de las respuestas que se logre dar, determinarán el lugar que ocupará cada disciplina dentro de las jerarquías académicas y dentro de las escalas sociales y permitirá la subsistencia de sus practicantes y propugnadores o sentenciará su extinción.

Para nadie es un secreto, en tal orden de cosas, el lugar al que han ido siendo relegadas disciplinas como la Filosofía, la Teología, incluso la Sociología y la Historia y otras tantas, cuyo papel parece reducido a servir de alimento a procesos coyunturales y, por tanto, meramente temporales.

No obstante, el vacío dejado por cada una de ellas no se ha llenado, ni siquiera artificiosamente, en manera alguna por los defensores del orden; y la carencia se siente y cruza todo el espectro social. La prueba de ello se halla en la constante invocación a la recuperación de “valores”, el retorno a senderos de civilidad o espíritu ciudadano, el llamamiento a la convivencia, etc., todos ellos elementos que subsistieron mientras la visión mecánica de la sociedad no impuso su ley, y mientras los esquemas de formación del hombre respondieron a lo que la sociedad misma era y no a lo que se pretendía hacer de ella para beneficio de unos pocos.

Así, mientras impere la visión economicista del orden y se trate de imponer un rumbo fijo a lo social sin apoyo inmediato en sus estructuras; y mientras la filosofía y las demás actividades humanas hoy en vía de extinción, se presenten como rígidas disciplinas destinadas al servicio de propósitos diferentes a ellas mismas y a lo que es la fuente y razón de su origen: la sociedad, la academia seguirá constituyendo el límite del pensamiento, el dique a la formación y la barrera inexpugnable de la libertad que está supuesta como esencia del pensamiento.